

fué plantada, empezaron los hombres á morir porque á cambio de ese alimento robado se exigieron vidas humanas. Ese ratón es un dios y Erskine le cita como una de las primeras divinidades fidschianas. Tiene cierta analogía con estas leyendas del pecado la de Erromango que dice que el dios Nobu ó Nabu abandonó para siempre la tierra después de haber criado á los hombres. En Vate hay una leyenda especial de este género según la cual los habitantes de esta isla, aprovechándose de la ausencia de Nugerain, quemaron un día la gran concha en que éste solía envolverse, por lo cual les castigó el dios condenándolos á morir.

Al pecado de los hombres corresponde un período de decadencia y degradación por parte de los dioses. En este proceso representa un papel tan importante la metamorfosis



Bote de las islas de las Ermitas. (Según el modelo de la colección de Godeffroy, Museo para Etnografía, Leipzig).

me temerán y me obedecerán.» Esta adopción de la forma de serpiente tiene ya, según hemos visto, un sentido más profundo del que la imaginación popular le atribuye, pero en la preferencia del ídolo animal hay probablemente algo posterior, una formación retrospectiva que la precede, y la leyenda puede demostrar que la adoración más pura y elevada de un señor degenera hasta en la de un reptil y que la sabiduría y el valor heroicos son substituídos por el miedo. Este cambio en sentido de descenso aparece naturalmente también en los mismos hombres y por esto á los semidioses se les considera como productos de tiempos posteriores y más corrompidos, corrupción que se manifiesta en las leyendas diciendo que los hombres empezaron á estar cansados de los dioses y se dedicaron á buscar otros. Así lo hizo en Fidschi un caudillo llamado «rey del agua pequeña,» el cual se encaminó cierto día á la montaña y gritó con toda la fuerza de sus pulmones: «¿Quién quiere ser mi dios?» y no habiéndole contestado nadie descendió nuevamente á la orilla del mar y repitió la misma pregunta; entonces obtuvo una contestación de una serpiente común que le dijo: «Yo quiero ser tu dios.» El caudillo se dispuso á reconocer al reptil como dios y fué su sacerdote. No duró, sin embargo, mucho la adoración que se prestó á esa divinidad en forma de serpiente, pues cuando Ndengei, con el extremo de su cuerpo de culebra petrificado en los abismos, se echó á dormir en la cueva de Raki Raki recibió la visita de su antiguo servidor Uto, el cual se le presentó con las manos vacías á consecuencia de la creciente maldad del mundo y de la indiferencia cada vez mayor de sus adoradores.

Existe una leyenda que encontramos repetida en muchos lugares y que al parecer no guarda gran cohesión con las demás concepciones mitológicas; nos referimos á la del diluvio en la cual generalmente aparece como causante el supremo dios. En Polinesia, los dioses héroes son los que

del dios principal en animal, que quizás pueda verse en ella una expresión de un recuerdo de lo absurdo de la zoolatría ó una especie de justificación de la misma. Esas gentes no se desdennan de buscar para esta transformación las causas más abyectas. En Fidschi se dice hablando de Ndengei que contemplando en cierta ocasión su imagen reproducida en el cristal de un límpido arroyo sorprendióse extraordinariamente y se disgustó no poco al ver que era horriblemente feo, exclamando «para que los hombres no me odien por mi repugnante fealdad prefiero retirarme á las cavernas de las montañas.» Así lo hizo adoptando la forma de una serpiente «porque — según él mismo dice en su monólogo — si conservo mi asquerosa figura de hombre seré despreciado, al paso que si tomo la de una serpiente, todos

abren camino á las inundaciones. En Fidschi de tal manera está encarnada la causa de las inundaciones en Dengh ó Ndengei que casi se siente uno tentado á mirar á éste como al Neptuno de Melanesia; sus relaciones con Tangaroa y con Maui, los soberanos del mar y los productores de inundaciones, parecen confirmar este calificativo. Dícese en estas islas que Dengh no vivió siempre en las cavernas de la montaña ni tuvo siempre la forma de serpiente, sino que mucho tiempo antes, cuando aun tenía forma humana y habitaba como gran caudillo á la orilla del mar, otro dios comenzó á hacerle la guerra y aquél para dar á éste una lección que nunca más se le olvidara hizo que el Océano invadiera desde el Norte todas las tierras bajas quedando por ende anegado el intruso. Después de esto retiróse él á las montañas que se alzaban en el fondo del país inundado en donde estableció su residencia definitiva. En otra ocasión, habiendo sus hijos gemelos dado muerte á su pájaro favorito, un gallo de hermoso plumaje que con su canto le despertaba todas las mañanas, fué tal la cólera que de él se apoderó que inundó toda la tierra é hizo que se cubrieran de agua todos los lugares que servían de refugio á los hombres. En cuanto á los gemelos fueron por él arrojados al distrito de Reva, en donde llegaron á ser las divinidades de los constructores de canoas, con lo cual éstos consiguieron una posición relevante y bajo algunos conceptos sagrada, análoga á la que tenían sus colegas en Tonga.

También los indígenas de las Palaos tienen su leyenda del diluvio: la anciana Milath que dió á luz los cuatro grandes territorios vivía, ya en edad muy avanzada, en el país Ngarekobukt, en Ejrraj. Sucedió por aquel entonces que las gentes dieron muerte en este sitio á Atndokt, uno de los siete Kalits, y cuando los amigos de éste recorrieron todas las Palaos y llegaron por último á la puerta de la vivienda de Milath, ésta les invitó amistosamente y les preguntó qué

era lo que allí les traía, á lo cual contestaron ellos manifestando que eran amigos de Atndokt. La anciana les dió de comer y les participó la infausta nueva de que su amigo había sido asesinado por las gentes de su país, oyendo lo cual los amigos se enfurecieron y resolvieron destruir todo el territorio excepción hecha de Milath y así dijeron á ésta que con bambúes se construyera una armadía y la atara á una larga cuerda de ánora hecha con lianas de la selva; añadieron que debía tenerla amarrada delante de su casa y que poco antes del plenilunio había de llevar á ella muchas provisiones y echarse á dormir en la misma porque vendría un gran mar que destruiría todo el país. La mujer hizo lo que le habían aconsejado y muy pronto el agua inundó todos los territorios secos flotando sólo en la superficie la armadía de la anciana Milath, pero muy pronto la cuerda de lianas fué demasiado corta, así es que Milath fué arrebatada por las aguas y pereció ahogada. Su cuerpo inanimado fué empujado hacia el pico Aremulunguy enredándose sus cabellos en las ramas de un árbol en donde lo encontraron los amigos de Atndokt que lo transformaron en una piedra hoy todavía visible; según otra versión lo resucitaron por medio de una mujer Kalit que tomó su forma y cada uno de los amigos tuvo de ella cinco hijos de los cuales procede la actual población de las Palaos.

Los isleños de Banks refieren del modo siguiente cómo desapareció de sus islas su primer dios Quat relacionando esa desaparición con una de estas leyendas de inundaciones: en el interior de Santa María y en el sitio en que hoy se extiende un gran lago, el terreno estaba cubierto por una espesa selva. Con uno de los árboles colosales de ésta construyó Quat una gran lancha de lo que se rieron sus hermanos diciéndole que una canoa tan grande no podía ser arrastrada hasta el mar. Cuando la embarcación estuvo terminada, Quat hizo entrar en ella á su mujer y á otras seis personas y además á una pareja de cada clase de animales, incluso de hormigas, hecho lo cual empezó á caer una lluvia copiosísima, llenándose la gran caverna de la isla en poco tiempo de agua que acabó por precipitarse por el punto en que actualmente se encuentra la cascada de Gaua. La canoa se abrió un canal en el lago y desapareció; todos esperaron continuamente que volviera hasta el punto de que hace algunos años habiéndose estrellado un pequeño buque mercante en un arrecife y habiendo, al parecer, sido empujado al canal de la cascada, algunos ancianos dijeron que Quat regresaba y que su embarcación se abría paso para volver á su país. Por lo demás, estas inundaciones no siempre son un castigo, pues el Ndengei fidschiano las produce con sólo volverse de un lado á otro. Como en todas partes, las inundaciones van enlazadas con leyendas de emigraciones á las cuales ha de referirse todo estudio de las emigraciones históricas de los pueblos del Pacífico de las que aquellas leyendas son, á menudo, simple reflejo.

El servicio de los dioses no está exclusivamente confiado á sacerdotes especiales, pero éstos ocupan una posición elevada gracias á las relaciones que mantienen con los más excelsos seres celestiales de cuyos santuarios y sacrificios cuidan con lo cual quedan ellos santificados. Nada hay tan sagrado como las cosas pertenecientes á los dioses y relacionadas con su veneración, tales como templos, ídolos, víctimas, fiestas religiosas y todo cuanto en éstas se emplea, los animales y los árboles en los cuales suelen residir algunas veces los dioses y demás objetos análogos. En Tahiti existía la costumbre, que después de la conversión de los tahitianos ha pasado á las capillas cristianas, de que al consagrar un templo recientemente construído no podía penetrar en él más que el rey como la persona más sagra-

da de su pueblo. Cada individuo veneraba, al propio tiempo, su dios personal. El jefe de la casa implora al dios de la familia, á quien se dirige como si fuese su rey, antes de la cena colocándose para esto junto á una hoguera encendida, y en las fiestas domésticas dedicadas á los dioses familiares el más anciano ofrece el vaso de ava. Los niños son consagrados desde que nacen al dios de la familia ó del común de cuyo culto cuidan sacerdotes y que se presenta en forma de animal cuyos movimientos son por éstos estudiados y explicados como presagios. Finalmente los dioses nacionales están servidos por sacerdotes que ó bien son caudillos ó están emparentados ó íntimamente ligados con éstos. De aquí ha nacido la suposición errónea de que los particulares sirven personalmente á sus dioses al paso que los caudillos les rinden culto por medio de sacerdotes.

Acertadamente se ha aplicado á estos sacerdotes el nombre de *fahogehe* que llevan en Tonga y que significa astillados, separados, pues son hombres dotados de un alma ó de un espíritu especiales, distintos de los demás hombres y propios, por esta razón misma, para ser utilizados por un dios cualquiera como instrumentos para una revelación. A los descendientes de uno de estos hombres se les supone dotados de las mismas cualidades que adornaron á sus antepasados; de aquí que el sacerdocio esté vinculado con el carácter de hereditario en determinadas familias al lado de la del caudillo: los caudillos ó son sacerdotes ó están más cerca del santuario que sus súbditos. Una especie de gracia divina se extiende hasta los caudillos de aldea, no faltando signos exteriores que lo demuestran. En Samoa, el caudillo había de tener constantemente encendido en su cabaña un fuego que durante la noche, mientras él dormía, había de ser mantenido por un funcionario especial. El que no quería llevar al caudillo de la aldea las primicias que le eran debidas se veía alcanzado por la desgracia pues éste compartía el impuesto con el *Aitiu*. Los grandes caudillos se quedan las más de las veces en tiempo de guerra en la aldea para auxiliar á los suyos con sus oraciones, pero en los casos apurados los sacerdotes son llevados al campo de batalla para maldecir al enemigo. La dignidad sacerdotal recae por lo menos en un individuo de la familia del caudillo, así es que en Hawai, entre los descendientes de Pao, un miembro de la familia había de pertenecer constantemente al sacerdocio mientras los demás acompañaban al príncipe en calidad de caudillos.

El sacerdote está algunas veces poseído por las almas de los difuntos y además tiene á su servicio á su dios familiar. Amén de esta animación ó espiritualización correspóndele una porción de conocimientos y habilidades de gran valía de las cuales las más importantes arrancan de los dioses supremos y constituyen una fuente de gran influencia. Así por ejemplo, cuando se logra poseer algún objeto perteneciente á un hombre cualquiera puede ejercerse poder sobre él por medio de la hechicería del sacerdote en cuyas manos están, por consiguiente, la salud y la perdición de sus semejantes. Por esta razón en Hawai los que llevan las escupideras no pueden nunca separarse del caudillo porque, de lo contrario, temería éste que los extranjeros se apoderaran de sus salvazos para valerse de ellos como hechizos. En Melanesia son considerados como los más eficaces aquellos hechizos para los cuales se escoge alguna parte del cuerpo del que ha de ser hechizado. Los cabellos, las uñas etc. de un hombre lentamente quemados con una mezcla especial atraen sobre él enfermedad y aun la muerte. Además de este hechizo que en las Nuevas Hébridas se denomina *Nahak* y en las islas de Banks *Garata*, hay en estas últimas otros dos hechizos aná-

logos llamados *Talamatai* y *Tamatetiqa* en los cuales se utilizan trozos de cadáveres; para el primero se envuelven en ciertas hojas pedacitos de hueso de un cadáver que son arrojados mientras se cantan ciertas estrofas en el camino por donde ha de pasar aquel á quien se destina el hechizo y si éste pasa por encima de ellos infaliblemente se verá cubierto de úlceras, erupciones, etc. Para verificar el otro hechizo introducése en una caña de bambú pequeñas astillas de huesos y algunas hojas murmurando al propio tiempo ciertas fórmulas de conjuros; cuando aparece el interesado se dirige hacia él la caña y abriendo la boca de ésta que hasta entonces se ha mantenido tapada con el pulgar se deja salir el hechizo que de este modo se contenía. Los sacerdotes conocen, sin embargo, otros muchos malos hechizos; así por ejemplo los de los maories cuando quieren lanzar la maldición *Apiti* fabrican una efigie del enemigo poniendo en ella á modo de corazón cierta piedra para dar de este modo muerte á aquél. Además de los sacerdotes hay hechiceros de esta clase del mismo modo que en Hawai hay astrólogos. Que la hechicería está relacionada con los astros lo demuestra la leyenda de los hawaianos según la cual los hijos de Hina, la Selene polinesia, fueron instruídos por su abuela Uli en el arte de la hechicería.

Hay un hecho que prueba que se tiene en alta estima entre los sacerdotes á la sabiduría y es el de que el nombre de éstos, *tohunga* (en Hawai *kahuna*) que significa intérpretes de presagios, se aplica en Nueva Zelandia á todos aquellos que sobresalen en cualquier oficio, sea en la construcción de canoas ó en la fabricación de lanzas, de suerte que esa palabra se ha traducido por sabio. En armonía con esto dícese en Nueva Zelandia que todos los *tohungas* de una tribu consideraban al más sabio como *Tino Tohunga*, el supremo, que generalmente vivía con los *Ariki* ó caudillos. En aquellos lugares en que, como en las Marquesas, no había poetas ó bardos propiamente dichos, los sacerdotes eran los depositarios no sólo de la tradición mitológica sino también de la histórica: tal sucedía con los *kahunas* de Hawai. Wilkes encontró en Maunaloa á un descendiente de uno de estos depositarios de la tradición, el cual estaba tan perfectamente impuesto de su deber de no descubrir sus secretos á los extranjeros que interrumpía sus narraciones en cuanto se le interrogaba sobre ellos.

La posición social de los sacerdotes alcanza grados muy distintos en los diversos grupos de pueblos polinesios. Los que á la clase sacerdotal pertenecen se distinguen exteriormente por un tatuaje especial—entre los maories, por ejemplo, líneas onduladas en la frente—y por el largo palo que llevan. Los maories tenían la institución de los reyes sacerdotes propiamente dichos, *Ariki*, que colocados en una situación especial formaban la cúspide de todo el edificio social y no concurrían personalmente á la guerra sino que confiaban la dirección de ésta á un caudillo instituído por sus más próximos parientes. Ellos conservaban la fuerza de la imposición del tabú por más que pasara á otro el caudillazgo del Hapu y se alababan de haber salido de una rama del árbol genealógico común. El *Ariki* es el único que conoce los cantos sagrados que sus antepasados le transmitieron y el único que puede repetirlos; como persona sagrada que era, nadie podía aproximarse á él, el sitio en que se sentaba era tabú y por ende había de ser evitado y se consideraba digno de la muerte al que tocaba su cabeza, residencia del dios Rauru. En Tonga existía al lado de Tuitonga y en muchos conceptos era superior á él, la princesa sacerdotisa á la que se denominaba Tamaha: esta dignidad recaía en la sobrina mayor de Tuitonga. El rey podía estar inspirado por el dios, pero sólo eran

sacerdotes aquellos en quienes la inspiración era constante, ora fuesen á la vez caudillos, ora simples servidores nobles. Los carpinteros, por ejemplo, como constructores de canoas y servidores de Tangaroa tenían los derechos inherentes al sacerdocio y en Waianae, en Oahu, el caudillo era, á la vez, sacerdote, maestro de escuela, pescador y fabricante de tazas de madera. En las Marquesas, dividíanse los sacerdotes en *atías* que eran venerados como dioses, vivían en la soledad é iban constantemente acompañados por un dios; en *tías* que sólo temporalmente estaban inspirados y en *tahunas* que cuidaban del culto: había, además, los discípulos destinados á la consagración. Había también caudillos divinizados que eran objeto de veneración, como por ejemplo Takahanao, en Nukahiva, á quien había de acompañar siempre el encargado de encender fuego. La siguiente lista de las clases tabúdas entre los insulares de las Marquesas da á comprender la elevada posición que en ella ocupaban las clases sacerdotales: al frente de la aristocracia figuraban los *atías*, profetas deificados ó *taías*, seguían luego los caudillos hereditarios *akaitis* ó *kakaitis*, los *tías* que profetizaban agitándose convulsivamente y que después de su muerte recibían sacrificios como *atías*, los *tahunas* que sacrificaban víctimas á los dioses según los preceptos del culto, los *ouhous* (*moas*) ó auxiliares del sacerdote sacrificador, los *toas* ó directores de la guerra reconocidos por su valor y finalmente los *nati kahas* que lanzaban las maldiciones conocidas con el nombre de *kaha*. En Tahití el rey era el taura ó sacerdote supremo y á sus órdenes estaban como principales tauras del *Morai*, que oraba en el templo sobre las víctimas, y el del *Eotia*, que iba vestido de plumas y que estaba poseído del dios convertido en pájaro que le inspiraba.

En la isla de Hawai, en donde, según la leyenda, el sacerdote Pao de Upolu convocó á los nobles Pili como príncipes, el sacerdote es antes que el príncipe y á menudo las contiendas sobre santuarios ó sobre los privilegios de los sacerdotes han sido causa de divisiones de tribu y de emigraciones. Las emigraciones de los ídolos que naturalmente no se verifican sin los sacerdotes constituyen una parte interesante de la leyenda de las emigraciones polinesias. Que los emigrantes siguen á menudo á los que llevan los ídolos demuéstrase por el hecho de aparecer los dioses como guías de estas hordas de emigrantes.

Para conservar su influencia ó aumentar su consideración el sacerdote no sólo participa en gran escala de los privilegios del tabú sino que, además, ha de consumir no pequeños sacrificios. Entre los maories, los *tohungas* solían permanecer generalmente célibes, pero el *Po Tohunga*, como sacerdote supremo de la tribu, había de casarse para asegurarse sucesión. Los *tauiras* consagrados por las enseñanzas del *Tohunga* ó por el espíritu de un antepasado tenían que ayunar y habitaban, separados del resto del pueblo, alrededor del templo cerca del cual acostumbraba también á residir el sacerdote.

En Micronesia oímos hablar de un caudillo de los sacerdotes llamado *Matamat* en Yap y *Matai* en Nukuor y de ciertos sacerdotes *jamaras* que se diferencian de los *jaurakimes* ó hechiceros. Gracias á las supercherías de los sacerdotes se consideran como oráculos unos kalits invisibles que tienen á menudo casas en una porción de aldeas ó distritos, en cada una de las cuales hay una mujer á ellos consagrada. Sus oráculos son famosos porque pueden, como los de Delfos, ser interpretados de diversas maneras. Algunos de estos sacerdotes poseen la habilidad de entenderse con los animales, consiguiendo gran influencia gracias á

sus relaciones con los animales que son sagrados para una tribu ó para un individuo. Finalmente el sistema tabú contribuye también allí á crear una porción de limitaciones por medio de las cuales el sacerdocio puede libremente intervenir en todas las relaciones de la vida.

En las tribus pequeñas el más anciano es el encargado de las prácticas del culto; en las tribus mayores funciona á su lado un sacerdote que es médico, meteorólogo y hechicero y posee algunos conocimientos. Un observador de la vida fidschiana ha escrito recientemente: «Los sacerdotes eran indudablemente hombres entrados en años y experimentados que conocían muy bien las observaciones meteorológicas y que, como la mayor parte de los ancianos de las islas Fidschi, padeían de dolores reumáticos que les servían de mucho para sus profecías barométricas.» El sacerdote tenía, sin embargo, otras muchas obligaciones; debía, ante todo, ser apto para extasiarse y era, además, el depositario de las tradiciones que únicamente explicaba á sus propios hijos. Este hecho de perpetuarse la tradición en una familia guarda relación con el de que el sacerdote para verificar sus conjuros pide inspiración á sus propios antepasados.

Las tareas que tiene que desempeñar cada sacerdote son tantas que al examinarlas no puede menos que sorprender cómo pueden la inteligencia calculista y la aptitud para caer en entusiastas éxtasis juntarse en un mismo individuo que ha de tener conocimiento así de las cosas terrenas como de las sobrenaturales. El sacerdote ha de poder extasiarse y tiene que adoptar el nombre honorífico de un profeta ó de un cuerpo del dios. Cuando la divinidad descende al armario del templo, el sacerdote se pone á temblar, siendo preciso para disponer en cualquier tiempo de este efecto conocer á la perfección el arte de engañar á los demás y de engañarse á sí mismo. Los sacerdotes toman sus presagios del cielo, del ladrido de los perros, del canto de los gallos, etc., ó bien de instrumentos oráculos especiales. El sacerdote maorí, por ejemplo, hace su profecía antes de la guerra clavando en un montón de arena tantos palos esculpidos como tribus amigas y enemigas se cuentan y arrojando luego sobre ellos un manojo de cuerdas atadas: el presagio es favorable si los palos caen hacia delante. Estos palos esculpidos de los *tohungas* se denominan *raka karakia*; la palabra *karakia* significa fórmula mágica existiendo de ellas gran número. Antes de acometer una empresa, el maorí pronunciaba el *karakia* ó fórmula mágica; los sacerdotes conjuran al viento con *karakis*; con ellos causan también daños al enemigo y apartan de sí toda clase de males. Cada *karakia* ó canto mágico tiene su ritmo especial y está puesto en versos para que pueda fácilmente pasar de una á otra generación dentro de la clase de los *Ariki*. Otros cánticos sirven para hacer expiar faltas, para lo cual el que vive bajo el peso de una maldición se purifica en agua corriente bajo los encantos de los sacerdotes. Aquellos espíritus que no tienen afección alguna, especialmente las almas de los niños, son conjurados para causar desgracias; cuando se quiere que éstas desaparezcan, échase la maldición sobre un objeto cualquiera que luego es escondido ó arrojado á lugares destinados á este fin.

La *Mata* ó visión refleja el porvenir. Las visiones nocturnas son interpretadas como viajes de las almas al país de los espíritus y por esta razón los sueños sirven de pauta para los acuerdos de la tribu. Los *matakites* ó visionarios que no siempre pertenecen á la clase de los *tohungas* profetizan por medio de los sueños, explicando por la mañana lo que han soñado durante la noche. Si las profecías resultan equivo-

casas, se dice que no es siempre fácil amoldar la idea á la palabra y por esto se profetiza empleando el lenguaje delfico que se presta á varias interpretaciones. El sacerdote, cuando profetiza, imita los atributos de la divinidad, así por ejemplo en Hawai hace con la destal de piedra el signo del trueno y del rayo para implorar el auxilio del dios del cielo.

La ordenación y la consagración de los sacerdotes se llevan á cabo con grandes ceremonias. En Nueva Zelandia, en donde existía una especie de escuela para sacerdotes, el candidato á quien, en gracia á la tradición, se había de iniciar en los misterios sacerdotales permanecía debajo de un techo de ramaje con un pie en el agua y otro en tierra. El conjunto de conocimientos comunes que poseen los sacerdotes pasa á los *tauiris* ó discípulos por medio del *Pukenga* (cabeza de los manantiales); las declaraciones de la religión únicamente conocidas por los sacerdotes llevaban la denominación de *Ngameatapu*. Esta doctrina exigía un cuidado extraordinario, pues una sola palabra equivocada no sólo hacía inútiles todos los conjuros é invocaciones sino que causaba, además, la muerte de los sacerdotes que los pronunciaban. Los sacerdotes usaban en las grandes solemnidades un lenguaje ininteligible para el vulgo y por esta razón sólo podía instruirse en él á los jóvenes en sitios completamente solitarios y en lo más profundo de la noche. Algunos cantos eran atribuídos á determinados dioses, incluso á Tangaroa y á Tu. Los jóvenes habían de estar de antemano dotados de cualidades especiales para desempeñar tan difícil cargo y de aquí que fuesen cuidadosamente escogidos en la medida de lo posible entre los aptos para extasiarse. La comunidad y la tribu estaban tan orgullosas de sus dioses como de sus sacerdotes cuyas fuerzas se probaban por medio de desafíos. Una leyenda neozelandesa relata un desafío entre dos hechiceros en el cual desapareció de la faz de la tierra el pueblo del vencido excepción hecha de una mujer.

En las islas pequeñas y de escasa población el cargo de sacerdote trae consigo el de médico, pero en aquellas que ofrecen grandes masas de hombres, como Hawai y Nueva Zelandia, hay una clase especial de sacerdotes encargados de las funciones propias de la medicina. En Hawai los sacerdotes ó artistas rezaban, para curar las enfermedades, á *Koleamoku* á quien los dioses enseñaron el arte de sanar; también las curaban con ofrendas propiciatorias cuando el alma del enfermo había huido ó sido destrozada por las piedras. En Tonga había dos clases de sacerdotes que curaban las enfermedades producidas por la hechicería ó por la cólera de los dioses. Lo más importante es averiguar de la divinidad algo acerca de la enfermedad del paciente, y á este fin el sacerdote, sentado junto al enfermo, hace conjuros y dirige preguntas á aquélla que le son contestadas á gritos. Las enfermedades que los sacerdotes no pueden curar se consideran «heredadas de los antepasados.»

La misión del sacerdote en punto á la administración de justicia consiste en descubrir al criminal valiéndose de recursos secretos: para ello fijan sus miradas en el agua y si no pueden verle en ella, encienden fuego y lanzan sobre él una maldición. Por medio de otra ceremonia, se descubre sobre un fuego encendido junto al enfermo á los causantes de la enfermedad. También se procuraba descubrir á los causantes de los fallecimientos con el empleo de las artes mágicas, pero no por esto estaba aquí desarrollada la teoría del tribunal de los muertos y de la venganza de los muertos como en Australia, por cuanto no se apelaba, según parece, á esta investigación más que en los casos de muerte misteriosos. Al número de estas aplicaciones jurídicas de la fuerza mágica de los sacerdotes pertenecía la mayor par-